

padre, por lo que hay trojes de tres y mas años.

8. Habiéndose el general y su gente aposentado en los dichos barrios, procuró enterarse de toda la comarca; descubrió otros seis pueblos semejantes, que son los que debieron de dar cuerpo á la vulgaridad de las siete ciudades: averiguó que á ocho soles de allí (así llamaban los indios á los dias), estaba una provincia grande de mucha gente y bastimento, que se llamaba Tigues, y que mas adelante habia unos llanos poblados de vacas; con esta noticia despachó á Sonora y provincia de los Corazones, á llamar al resto del ejército que habia invernado en ella, y se habian mantenido bien de

maiz y frijol, y tunas blancas muy olorosas; y dió orden para que el cacique Melchor Diaz quedase con sesenta hombres á poblar una villa, y que con la mitad saliese á descubrir los puertos del mar del Sur, y escribió el general dando cuenta al virey de su jornada: tambien dió providencia para que el capitan D. García Lopez de Cárdenas fuese con treinta hombres á descubrir la tierra por la parte de abajo de Tzibola; y porque nos llama la atención lo acaecido en este año de 540, en el reino de la Galicia, dejaremos á su gobernador Francisco Vazquez Coronado y á sus capitanes, descubriendo tierras, y daremos razon de otros acontecimientos.

## CAPITULO XXIII.

Muévese en alzamiento todo el reino de la Galicia; empeñólanse los indios en la fortaleza del Mixton, y bajando, desbarataron á los nuestros, llevándose vivos á Francisco de la Mota y otros, y piden de Guadalajara socorro á México.

1. Gobernando Cristóbal de Oñate el reino de la Galicia, por ausencia de Francisco Vazquez Coronado, tuvo noticia que los indios de la provincia de Tecojines (que son los de Ostotipac), andaban malos, y asaltaban á los indios de servicio que ocurrían á Compostela, y que no habia otro remedio que mudar la ciudad de Tepic (en donde estaba), al Valle de Cactlan (donde ahora está), que era el riñon ó centro de los Tecojines, para sujetarlos; así lo hizo, y procuró ilustrarla, con lo que parece se aquiataron; y habiendo pasado á Guadalajara, oyó que los indios cascaneles, los de Nochiztlan, Teul y Teocualtiche, no querian asistir á la doctrina ni servir á sus encomenderos, y cuidadoso procuraba repararlos, como lo hizo en Compostela, y al mismo tiempo recibió cartas de Juan Villalva, á quien habia dejado de justicia mayor de dicha ciudad de Compostela, en que le daba noticia de cómo los indios de Guainamota habian muerto á Juan de Arce, su encomendero y vecino de aquella ciudad: el caso fué, que en los pueblos de su encomienda, tenia Juan de Arce su casa, y para su defensa unos lebreles, y queriéndole matar los indios, de parte de noche, los perros no les dejaban llegar, y cautelosamente se le retiraron, de suerte que de nada le servian; llamó á los caciques y les reconvinó, y ellos

dieron por respuesta, que de miedo de los perros no llegaban, y que si no los mataba, no irian: oyendo esto Juan de Arce, no advirtiendo que los podia amarrar, le pareció satisfacer á los indios, en cuya presencia los mandó ahorcar por quitarles el temor, para que le sirviesen y le llevasen el sustento; y luego aquella noche cayeron en su casa, le mataron, y asado se le comieron, y luego se alzaron.

2. Al mismo tiempo, en el pueblo de Tlaxicolzingo \* (de que ya no hay memoria), tuvieron los indios un baile, en el que de una mano á otra, mantenian en el aire un calabazo, y el demonio valiéndose de la ocasion, con un huracan ó remolino, lo desapareció, y confusos, lo atribuyeron á misterio, que una india vieja les explicó, diciendo: «que si cogian las armas contra los españoles, así como el viento les quitó de la vista el calabazo, del mismo modo se llevaria á los españoles con gran polvareda.» Abuso fué este que conmovió á todos los indios de la Galicia, de suerte que llegó hasta Culiacan, y en toda la tierra se vieron los españoles en gran conflicto.

3. Determinó Oñate destacar un trozo de veinticinco hombres, los mas esforzados, para que con trescientos indios de Tonalá y Tlaxomulco pasasen á visitar los pueblos

\* Los manuscritos Tlaxicoringa.

de Nochitzlan, Xuchipila y comarcas, y fueron Miguel de Ibarra, Francisco de la Mota y Pedro de Placencia, que eran actualmente regidores de la ciudad de Guadalajara; tambien fueron el capitán Diego Vazquez de Buendía, Juan del Camino, Cristóbal Romero (Diana ó Viana), Juan de Salinas y Diego Hernandez Odrero, y otros; pñestos en órden, marcharon, y llegando al río de Xuchipila, hallaron los pueblos yermos, porque todos los indios estaban empeñolados en el Mixton, fortaleza la mas principal que hay en todo el reino de la Galicia, porque es una sierra muy alta, muy pedregosa, y de unas rocas y peñas tajadas, que la hacen impertransible, y por esto tiene el nombre de Mixton, que en lengua mexicana es gato, para dar á entender que solo estos animales pueden subir á él; es un peñol que en la cima tiene una mesa capaz de mucha gente, y despues se dilata la sierra hasta internarse en el Nayarit.

4. El sábado de Ramos, del año de 1541, llegaron á la falda de dicha sierra, y requeridos los indios de paz, se negaron á ella, y sin embargo se les volvió á requerir, apercibiéndoles que de no bajar de su voluntad, les habian de matar, y habian de hacer esclavos á sus mujeres é hijos; á cuya embajada respondieron, que el día siguiente estarían juntos los caciques y principales, que de miedo se habian internado en la sierra, y bajarían todos á dar sus disculpas, con lo que determinaron poner su real al pié de dicho peñol, y aquella noche se mantuvieron con algun recato, y habiendo amanecido, se aseguraron y descuidaron, y á las ocho de la mañana, día domingo de Ramos, estando el sol eclipsado (anuncio de la fatalidad que les esperaba), dieron los indios en el real, con tal furia y con tanta precipitación, que apenas pudieron valerse unos á

otros: era tanta la multitud de indios de que por todas partes se veían cercados, que no descubrían brecha siquiera para la fuga, ni se les daba lugar para montar en sus caballos. Tres de los capitanes pudieron romper la multitud de indios con sus lanzas, saliendo á lo llano, que fueron Francisco de la Mota, Pedro de Placencia y Diego Vazquez de Buendía; y viendo que no salían los demas, conocieron el peligro en que estaban, y volvieron á querer abrir brecha para socorrerlos; pero era tanto el número de indios, que en breve se hallaron imposibilitados de socorrer á los que pretendían, ni podían volver á salir por donde habian entrado: hora y media duró el combate, y quedó el campo por de los enemigos; y de los nuestros, los que pudieron, cada uno por donde Dios le ayudó salió, sin poder unirse unos con otros. En esta ocasion, Cristóbal Romero y otro de los soldados se hallaron cercados solos, y habiéndosele estancado el caballo, advirtió que un pobre indio de Tlaxomulco, llamado D. Diego Vazquez, habia montado en un caballo de uno de los soldados muertos, y como era indio que no sabia gobernarle, solo servia de blanco para que los indios le flechasen, y viéndose con su caballo estancado, con presteza asió de un brazo al indio D. Diego, lo arrojó al suelo y montó en el caballo, y rompió á los indios hasta incorporarse con Pedro de Placencia y Diana, que andaban á las vueltas con algunos de los enemigos, á tiempo que una flecha hirió gravemente en un ojo á Diana, quien luego cayó del caballo; llegó Placencia á socorrerle, dándole ancas, mientras que Romero les guardaba las espaldas, y trataron de salir en fuerza de carrera de entre los indios, los que seguían el alcance; animaban Romero y Placencia á Diana, para que se tuviese y esforzase, hasta que le pusiesen en sal-

vamento; mas como la herida era en parte tan noble, le faltaron las fuerzas, y pidiendo á Dios misericordia, cayó del caballo; detuviéronse los compañeros, y á voces procuraban alentarle para volverle á dar ancas, mas le hallaron inmóvil, por lo que viendo que no solo eran seguidos de muchos indios, sino que por todas partes les formaban cerco, trataron de romper con sus lanzas la parte por donde ménos indios se les oponían, para lograr la fuga.

5. De esta suerte quedaron los nuestros desbaratados y sin saber unos de otros, hasta que al tercero día fueron llegando á Guadalajara unos indios de Tlaxomulco, de los que pudieron lograr la fuga, y dieron la fatal noticia del desbarato, y añadieron que hasta cerca de la ciudad les habian seguido, no solo indios de los pueblos comarcas, sino otros gentiles no conocidos que los auxiliaban, y que eran tantos que nunca habian visto tropas mas numerosas. Determinó Oñate ponerse en arma para la defensa; llenóse de confusion la corta ciudad de Guadalajara, lloráronse por muertos todos los que habian salido, á cuyo tiempo fué llegando Juan Michel, flechado todo el cuerpo y el caballo mal herido, y que apenas podia dar paso; fuése á desmontar á su casa, en donde le recibió su madre y una hermana suya, casada con Diego Vazquez de Buendía; y aunque todos ocurrían á informarse de lo acaecido, y cada interesado preguntaba por los suyos, no acertó á dar mas razon, que habian sido desbaratados, y que no estaba para mas que para confesarse, pues Dios le habia dado tiempo.

6. Salió Oñate de la ciudad con algunos soldados, dejando solo doce en ella para su defensa; pero á cosa de una legua vieron llegar á Miguel Ibarra y á algunos otros soldados, tan heridos, macilentos y muertos de hambre, que causaba lástima, y die-

ron razon de que á su vista habian los indios apresado y llevádose vivo á Francisco de la Mota, á Salinas y á Diego Hernandez de Odrero, sin duda para sacrificarlos: trató Oñate de pasar adelante, y de una montaña fué saliendo Pedro de Placencia, que apenas podia moverse, y dió razon de la muerte de Diana, y que ya no era tiempo de ir contra los indios, sino de fortificarse en la ciudad para defenderse de ellos: parecióle al teniente de gobernador acertado el dictámen, y así se volvió á la ciudad, y por extenso se tuvo razon de que habian muerto diez castellanos y mas de ciento cincuenta indios de Tonalá y Tlaxomulco, que eran los que en todas ocasiones mostraban fidelidad: es de entenderse que por los de Tonalá se entienden los de Tetlan, que hoy son los de Analco, y tambien los de los otros pueblos de San Pedro, San Andrés y demas inmediatos á Tonalá.

7. Sabiendo Oñate que habia perecido Francisco de la Mota, quien dejaba mujer é hijos, pasó á su casa á consolarles, prometiéndoles les atendería en todo, y les acudiría con los aprovechamientos de la encomienda de dicho Francisco de la Mota; trató de fortificarse, temiendo no pasase adelante la soberbia de los indios; y cuando escribia pidiendo socorro á los castellanos pocos que habia dispersos en la Galicia, fueron llegando sucesivamente cartas de Culiacan, Compostela y la Purificación, con noticias de estar toda la tierraalzada: aquí fué la mayor confusion, por considerarse aquella corta ciudad sin fuerzas para resistir, y sin esperanzas de socorro; culpaban la ambicion de su gobernador Francisco Vazquez Coronado, en haber pasado á nueva jornada, llevándose la gente, así españoles como indios amigos, que en aquella ocasion pudieran aprovechar: resolvíanse muchos á desamparar la ciudad y salirse del reino

de la Galicia para la Nueva-España; decían ser la tierra tan pobre, que no se conocía el oro ni la plata, que únicamente podría servir para cultivarse; pero que para ello necesitaban tener primero eria de ganado y caballada, lo que era difícil conseguir por la multitud de indios que se lo comían, y aun sin comérselo, lo mataban por solo hacer daño; que los indios, con la libertad que les había dado, ya no servían á sus encomenderos, por lo que no era dable sujetarlos. Llegó á tanto el conflicto, que ya los soldados á cara descubierta se negaban á obedecer á sus capitanes, y al teniente de gobernador, quien con ánimo invencible y admirable prudencia sobrellevaba el tumultuario rumor, contenía á los que precipitados intentaban salirse de la ciudad; decíanles que no era tiempo, por estar tan cerrados de enemigos, que apenas podían moverse, y no sería bien muriesen infamados á manos de sus contrarios, y esto con mas certidumbre que de mantenerse fortificados en la ciudad que habían jurado no desamparar. Otros decían que solo podían conservar las vidas, congregándose en la ciudad las fuerzas, y que para ello debía el teniente de gobernador, mandar se desamparasen las villas de Culiacan y Purificación, y aun la ciudad de Compostela, puesto que en fábricas tenían poco que perder, y que todos poblases en Guadalajara, desde donde despues podrian ir pacificando y poblando la tierra, porque dispersos y en tan largas distancias, sin duda perecerían.

8. Afligido se hallaba Oñate, sin cuyo embargo, como era discreto, prudente, aper-

sonado, bien hablado y de grande resolución, les hizo cargo del empeño de sus honras, y les persuadió á que tolerasen, esperando en la Divina Magestad el remedio; que ¿qué se diría de tan bastarda cobardía? y que tuviesen presente que no se ganaba la honra con emprender facciones, si no se llevaban hasta el fin; que ya despachaba á la ligera á México á Diego Vazquez de Buendía, á pedir socorro; que entre tanto lo que convenia era reposar con las armas en la mano; que él sería el primero que hiciese cuartos en las velas, y que estuviesen entendidos que á su lado tenia capitanes y soldados de tanta honra, que aunque él quisiera desamparar la ciudad, no se lo permitieran, pues no dudaba que si examinara de uno en uno á todos los de la ciudad sobre este punto, habia de sacar en limpio no tener origen la propalada infamia que en confusas voces llegaba á sus oídos, de intentar desertar de la ciudad; y que tan cierto estaba en su dictámen, que allí, en público, daba licencia para que cada uno expresase su sentir. «¿Qué decís, señores, será bien desamparar la ciudad, y conseguir las vidas por medio de una vituperable fuga, ó morir conservando el buen nombre que acredite nuestra constancia? A una voz todos respondieron: que primero morir que desamparar la ciudad, si no fuese por fortalecerse en lugar mas á propósito, dentro del mismo reino de la Galicia;» con lo que Cristóbal de Oñate, dando á todos las gracias de su resolución, aquietó los ánimos, de suerte que de allí en adelante cada soldado era animado de los otros.

## CAPITULO XXIV.

Llega el Adelantado Alvarado al puerto de la Navidad con su armada; pídele socorro Oñate y lo ofrece; muere á manos de los indios el V. P. Fr. Juan Calero cerca de Etzatlan, cuyo cuerpo se halla incorruo y oloroso, y le entierran en la iglesia de Etzatlan á los siete dias.

1. Por este tiempo, el Adelantado Pedro de Alvarado, en virtud de capitulaciones con su Magestad, para entrar con armada al descubrimiento de islas y tierras nuevas, como la China y California, formó su armada en el realejo de Guatemala, y con ella llegó al puerto de la Navidad á hacer agua y abastecerse, para proseguir su viaje, con cuya noticia, D. Juan Fernandez de Híjar, á cuyo cargo estaba la villa de la Purificación en aquellas costas, le dió noticia del conflicto en que se hallaba el reino todo, el destrozo que hicieron los indios del Mixton, la imposibilidad de socorrerse unos á otros, por ser pocos y en largas distancias; que aunque D. Nuño de Guzman habia entrado en el reino con quinientos castellanos, solo de la villa de Culiacan se habian salido mas de ciento; y que eran tales y tan inquietos y crueles en el trato de los indios, que habia quedado sin ellos la tierra mas segura: que cincuenta habian salido de órden de Guzman, á pacificar cierta rebelion de los indios de Etzatlan y Tequila, y despues de que hicieron lo que les mandó, se salieron del reino por Colima, y prosiguieron para el Perú, por el buen nombre de sus riquezas; que el capitán Chirinos se habia vuelto para Mexico, con veinticinco hombres, y ocho mil indios mexicanos y tarascos, que habian librado de la peste; que treinta y sie-

te hombres que tenían poblada la villa de Espíritu Santo, en Chametla, la habian despoblado con licencia de D. Nuño, y se habian salido de la tierra; que cuando D. Nuño salió del reino, le habian acompañado treinta de sus camaradas; que Juan de Oñate y otros, temerosos de la residencia que habia de tomar el Lic. Diego Perez de la Torre, se habian ido al Perú; que Francisco Vazquez Coronado, habia llevado á algunos soldados é indios amigos, al descubrimiento, en que de órden del virey andaba; y que así, solo se hallaba la Galicia con doscientos hombres, tan distantes unos de otros, como se dejaba entender, y que aun de estos, ya eran muertos diez en el Mixton.

2. Oido por Alvarado lo referido, tuvo á buena suerte haber llegado á tiempo de que su nombre fuese mas conocido, mediante el socorro que prometió dar; y como era hombre de tanta resolución, le pareció que debía por el gobernador haberse estrechado mas á los indios, hasta desbarrarlos; y así, determinó pasar á providenciar lo conveniente, para castigarlos y dejar quieta toda la tierra. Juntó á sus capitanes, á quienes expresó haberseles ofrecido un negocio de gravedad: que la Galicia estaba toda alzada, y podía temerse cojiese tanto cuerpo la rebelion, que toda la Nueva-España peligrase: que en ninguna cosa